



**“RES PUBLICA LITTERARUM”
DOCUMENTOS DE TRABAJO
DEL GRUPO DE INVESTIGACIÓN ‘NOMOS’**

2006-04

D.L. M-24672-2005

ISSN 1699-7840

Autor: Instituto Lucio Anneo Séneca

Editor: Francisco Lisi Bereterbide

**POR EL ALMA Y POR EL BOLSILLO.
LITERATURA DE VIAJES
Y VIAJES EN LA LITERATURA
EN LA EDAD MEDIA CATALANA**

Guido M. Cappelli

PREMISA LULIANA

QÜEST. –Ramon, los mariners com mesuren les milles en la mar? –SOL.: Los mariners consiren quatre vents generals, ço és saber, levant, ponent, mitjorn i tramuntana; e consiren altres quatre vents qui ixen dels primers, ço és saber, grec, eixaloc, lebeig e maetre; e consiren lo centre del cercle en lo qual los vents fan angle [...] e d'açò han instrument, carta i compàs, agulla e tramuntana” (*Arbre de ciencia*, XVI, 5, 192; OE, 936).

En origen, hubo un viaje que respondió a las exigencias de la curiosidad y de una forma de amor por el otro. Viaje de evangelización y adoctrinamiento, viaje para aprender y para que los demás aprendan: moros y cristianos, como suele decirse, el papa y la jerarquía de Roma y de Aviñón así como el hombre de a pie del Norte de África. Viaje físico, en fin, que también es viaje interior. Fue el camino de Ramon Llull a caballo entre los siglos XIII y XIV, viaje de paz, sin ánimo de conquistar algo que no fuesen almas e intelectos, viaje de doctrina, interesado al hombre, a su circunstancia y a su salvación, mucho más que a la geopolítica o a la economía. Un camino que ya dibuja, de alguna manera, la geografía del viaje catalán en los albores del siglo de su máxima expansión.

La información recogida en sus viajes de misión –de Tierra Santa a Armenia, de Chipre a Túnez– (Gayà, 1997; Galmés, 1934) la utiliza Ramon Llull funcionalmente para sus escritos de corte apologético, como en el caso, por ejemplo, de su desafortunada estancia en Túnez, que dará pie a su *Disputatio Raymundi Lulli et Hamar Saraceni*. El viaje de Llull es casi siempre un viaje real, un itinerario concreto, pero al mismo tiempo es un recorrido alegórico:

Obedient fo Fèlix a son pare, del qual pres comiat ab gràcia i benedicció de Déu. E ab la doctrina que li donà son pare anava per los boscatges, per munts e per plans e per erms e per poblats, e per prínceps e per cavallers, per castells, per ciutats, e meravellava's de les meravelles qui són en lo món.

(*Libre de les meravelles*, OE, I, 319).

La gran variedad del mundo provoca “meravella”, la *meravella* es el motor del viaje evangelizador, porque todo está subordinado a la evangelización y a la destrucción de “l'error”. Así, los cardenales del *Libre d'Evast e Blanquerna* mandan mensajeros por el mundo, a los cuatro puntos cardinales:

Lo cardenal partí lo món en dotze provincies, e féu dotze missatges qui anassen per lo món per saber l'estament del món. Esdevenc-se que un missatge del cardenal aná a migjorn, e atrobá en una càfila sis mília camells carregats de sal qui partien d'una vila qui ha nom Tibalbert, e anven a la terra on ix lo flum de Damiata. [...] Aquelles gents son tots negres, e adoren ídoles, e són hòmens alegres qui tenen justícia molt fortament e qui aucien tot home que atroben en mentida, e de tot ço que han fan comú. En aquella terra ha una illa en mig loc de un gran estany; en aquella illa està un drac al qual fan sacrifici les gents d'aquella terra e lo qual aoren com a déu. Aquell missatge aná per aquelles terres a encercar les costumes de les gents e aesmar la gran quantitat d'aquelles gents [...] Gran fo lo despagament que l'apostoli e ls cardenals hagren com oïren que l drac era adorat com a déu; e tractaren com poguessen destruir l'error en la qual aquelles gents eren.

(*Libre d'Evast e d'Aloma e de Blanquerna*, IV, 88; *OE*, I, 247-48).

“Encercar les costumes” para “destruir l'error”: aquí está el sentido del “viaje” luliano, que sí anima toda la obra del gran pensador, pero es algo más y algo menos de un viaje en sentido estricto. Por consiguiente –y como en el fondo era previsible– su escritura es mucho más que ‘literatura de viajes’: es movimiento interior a la vez que real, desplazamiento físico en busca de la conversión espiritual, inmersión en la variedad para reducirla a la unidad de la fe, es acercamiento al *otro* para incluirlo en su mundo, retomando la palabra de san Juan: “e enaixí, per longa continuació, porets aportar a fi com en tot lo món no sia mas un llenguatge, una creença, una fe” (*Libre d'Evast*, IV, 94; *OE*, I, 255). Es un viaje hacia la inmovilidad: desplazamiento para que, una vez cumplida la función evangelizadora, ya no sea necesario viajar¹.

En realidad, el mismo concepto de “literatura de viajes”, en lo que respecta a la cultura catalana medieval, es algo difuminado, escurridizo por no decir inaprensible. Sin entrar en disputas teóricas sobre la definición del ‘género’, habrá que advertir que no todo texto en que esté presente un viaje es, sin más, ‘literatura de viaje’. A filo de buen sentido, será preciso distinguir y catalogar, y el criterio tendrá que ser más bien estricto: de los patrones retóricos ofrecidos por el profesor Ribera Llopis (1991, 92) –“para certificar el cumplimiento de unos hechos, el diploma; para recrear un marco histórico [...], la crónica; para informar más ampliamente y transmitir la experiencia del viaje, el *libro de viajes*”– sólo el tercero, en rigor, debería ser objeto de nuestra consideración, so pena de perder de vista aquella “plena intención textual” (Cardona, 1986, 687) que constituye la esencia misma de la literatura de viajes, aun teniendo en cuenta la peculiaridad semántica del mismo término “viaje”, que incluye una experiencia que “se extiende, en un plano simbólico y trascendental, a casi todas las esferas de la existencia”².

En otros términos: en muchos casos se tratará, como con Lull, de liberar el campo de equívocos, de excluir, en vez de incluir, algunas obras del ‘canon’ viajero, para sugerir, todo lo más, pistas interpretativas que, aun teniendo en cuenta elementos

¹ Todo esto no agota, naturalmente, la temática concerniente la relación de Lull con el concepto de viaje: véanse al respecto, además de la bibliografía consignada en el texto, las observaciones de Hauf, 1989, 44-51, donde, entre otras cosas, se llama la atención (p. 47) sobre la circunstancia de que el protagonista, aunque ficticio, del *Liber super Psalmum* “*Quicumque vult*” es un “tártar que habitava en els confins dels sarràins”. Para una perspectiva más articulada sobre “monolingüismo y plurilingüismo” en Lull, véase Badia, 1991-92, 277-95; cf. también el rápido panorama del p. Battlori 1993, 37-42.

² Cf. Herrero Massari, en este mismo volumen, p. 00.

propios de la literatura de viajes, no se dejen encorsetar por definiciones previas de género. No se trata de deslindar supuestos elementos ‘literarios’ de igualmente supuestos elementos ‘referenciales’³; el problema es reconocer los textos donde la experiencia del viaje es central, estructurante, y la intención comunicativa clara, sin ambigüedades y no subordinada a otros objetivos: “informar y transmitir la experiencia del viaje”, precisamente⁴. Preguntándonos por el *por qué* y el *para qué* del viaje, quizá descubriremos algo.

MODELOS EXTRANJEROS Y TRADUCCIONES

Pero en primer lugar, habrá que echar una ojeada a algunos de los grandes modelos europeos de la literatura de viajes, que llegaron a la Península ibérica precisamente a través de la Corona de Aragón, un área que también en esta faceta de la historia cultural demuestra su posición de avanzadilla en el conjunto de las literaturas hispánicas. El más prestigioso de los productos medievales del género fue, como es sabido, *Il Milione* o *Divisament dou monde*, de Marco Polo, escrito en 1298, verdadero modelo y mina inagotable de la imaginación. *Il Milione* proporcionó una imagen ‘idílica’ de los lejanos tártaros y consignó a la Europa de los descubrimientos una percepción del mundo oriental que durante dos siglos continuó reflejando la situación del finales del siglo XIII. La riqueza y la precisión de las descripciones contribuyeron a la enorme difusión europea de este texto, en original o en las múltiples traducciones que de él se hicieron (Chaunu, 1972, 31); de su obra se conservan alrededor de 150 manuscritos (Taylor, 1993, 59). Junto con él, llegó a tierras de la Corona aragonesa un libro influenciado sustancialmente por las *Etimologías* de san Isidoro, por un lado, y el propio *Milione*, por otro: la *Historia general de los Tártaros*, escrita hacia 1305 por el príncipe armenio Hayton, señor de Corycus (en catalán, Aitó de Gorigós), donde la información geográfica va de la mano de las leyendas más curiosas, como la del “viejo de la montaña”, que también conocen Marco Polo y Ramon Lull (*Blanquerna*, caps. 80, 88). El cuarto y último libro tocaba un tema al que la baja Edad Media fue muy sensible, el de la cruzada.

El libro de Marco Polo y el de Hayton aparecen en traducción aragonesa a finales del siglo XIV –donde llevan el título, respectivamente, de *El libro de Marco Polo*⁵ y *La flor de las ystorias de Orient*– gracias a uno de los grandes intelectuales de la época, el gran maestro Juan Fernández de Heredia, impulsor de varias operaciones culturales de envergadura, como las versiones de Plutarco y Tucídides⁶. Los dos textos figuran en el mismo manuscrito, el códice Z-I-12, de la Biblioteca del Escorial, procedente del *scriptorium* herediano (Taylor, 1993, 59). La obra de Hayton parece tener origen catalán (*ibid.*); de hecho, existe también una versión catalana, conservada

³ Es lo que hace, con resultados más que discutibles, Popeanga, 1991, 149-62; muy útil, en cambio, el estudio de conjunto sobre textos hispánicos de Pérez Priego, 1984, 217-39, del que vamos a servirnos en más de una ocasión.

⁴ Es la línea seguida por Pérez Priego, 1984, 220: “A nuestro entender, no deben incluirse [en el cuerpo de referencia de la literatura de viajes], frente a lo que algunas veces se ha hecho [...], libros de carácter biográfico y cronístico [...] donde el viaje no constituye sino un episodio más de los hechos de armas emprendidos por el protagonista. El que en las crónicas, reales o particulares, así como en los libros de caballerías, aparezca con reiteración el motivo del viaje, no autoriza, sin embargo, a considerarlos inscritos en la misma serie que los relatos viajeros, dado que sus procedimientos constructivos son notoriamente diferentes”.

⁵ Publicado por Nitti, 1980; una redacción en catalán está publicada por Gallina, 1958.

⁶ Sobre Heredia véase Cacho Blecua, 1997 (sobre sus traducciones de libros de viajes, pp. 150-58).

en el manuscrito 490 de la Biblioteca de Cataluña, de finales del siglo XV y principios del XVI (ed. Hauf, 1989; cf. Ribera Llopis 1991, 90). También la versión del libro de Marco Polo parece tener origen catalán. Se trata, en realidad, de una versión abreviada que descende de una supuesta redacción catalana de 1336-37, que a su vez ha dado origen a otra traducción, también catalana, el *Llibre de les províncies*.

El tercer gran modelo literario es el libro de los *Viajes* de Juan de Mandeville, cuya peregrinación –al parecer “de gabinete”, sin moverse de su estudio– por el Mediterráneo oriental y los kanatos mongoles duró de 1322 a 1366; el texto, a su vez poderosamente influenciado por el *Milione* y repleto de invenciones fabulosas, donde se entrecruzan citas bíblicas y elementos de tradición pliniana, alcanzó la importante cifra de 250 manuscritos y seguía reeditándose en pleno siglo XVIII (Chaunu, 1972, 33). Ya en 1380, Juan I (por entonces todavía duque de Gerona) pedía un ejemplar en francés de la obra (Riquer, 1988, 151), y por aquellas fechas debió de completarse la versión aragonesa conservada en el ms. M-III-7 de la Biblioteca del Escorial bajo el título de *Libro de las maravillas del mundo*, versión que quizá también puede deberse al *scriptorium* de Heredia (Muñoz Jiménez, 1996, 36). En catalán se conocen dos menciones del texto de Mandeville en 1410 y 1484 (Riquer, 1988, 152; Taylor, 1993, 62) y un episodio en ella narrado se encuentra nada menos que en el *Tirant lo blanc* (Riquer, 1988, 161; Muñoz Jiménez, *ibid.*; y v. *infra*). Finalmente, completando esta pequeña nómina de modelos europeos, he aquí el *preste Juan*, el fabuloso rey cristiano implantado en Asia o en Etiopía, cuya *Carta* (ficticia) se redactó hacia 1165 y también alcanzó una enorme difusión; de ella, tenemos una versión catalana cuatrocentista (Taylor, 1993, n. 46). Proyectos de expansión comercial y política, ideales todavía no apagados de cruzada, afán de conocimiento, pura y simple curiosidad: todo conjuraba para que en las vivaces tierras catalanas de la baja Edad Media llegaran los grandes libros de viajes europeos.

“ATLES” Y “PORTOLANS”: MEDIOS Y ESPACIO DEL VIAJE

Joan I de Aragón, como acabamos de ver, debía tener una curiosidad especial por lo geográfico; el 26 de abril de 1369, escribía desde Barcelona a su procurador Gabriel Gilabert, pidiendo “que si en Mallorques ha un bell mapamundi que faça per nos que el nós comprets, e si no n’hi ha que el façats fer axí bell e joliu com ésser pusca” (Rubió, 1921, doc. núm. XXX; Rosselló i Veger, 2000, 51)⁷. En efecto, al menos desde finales del siglo XIII, la Corona de Aragón, y especialmente Mallorca, está en el centro de un marcado interés geográfico que se observa en Europa meridional, se nutre de ambiciones comerciales y expansionistas y a su vez nutre la literatura y la imaginación. La apertura de los horizontes políticos y comerciales, que en el paso del siglo XIII al XIV se manifiesta de la forma más rotunda, se refleja en el auge de la producción mallorquina de mapas y portolanos (Rosselló i Verger, 2000, esp. 53-65). Mallorca, por situación geográfica y por vocación económica, jugó un papel central, junto con Génova y Venecia, en el espectacular desarrollo de la cartografía: el *Atlas català* del mallorquín Cresques Abraham (1375 ca.) es la evidencia más palmaria de ello, pero ya desde 1339

⁷ El infante también da otras muestras de su interés: los diplomas recogidos por Rubió i Lluch dan testimonio de sus preguntas al vizconde de Rocabertí sobre su estancia en Grecia (diploma DXIV) o de su petición de un mapamundi que incluya las tierras de Tartaria (diploma CCCIII; cf. Ribera Llopis, 1990, 306-307). Entre sus libros había un volumen titulado “Lo Purgatori de Sant Patrici de Mandrevilla”, lo que, según Riquer, 1988, 151, nota 3, podría significar que reunía un texto de Mandeville y un *Tractatus de Purgatorio*; otras indicaciones en Brunel, 1956, 7-8 (y v. *infra*, n. 23).

se documenta la primera carta mallorquina, aunque no hay que olvidar que el uso de instrumentos de navegación tenía que ser corriente ya con cierta anterioridad, si se recuerda el testimonio de Llull, citado al principio de nuestro trabajo. Sea como fuere, a partir del último cuarto del siglo se observa la presencia en la isla de varias generaciones de cartógrafos que trabajaban en verdaderos talleres (Llompart-Palou, 1995, 73-76).

Se trata de un dato sólo aparentemente aséptico: es sabido que la carta portolana medieval –por lo demás no siempre de carácter utilitario, sino en ocasiones simplemente ‘decorativa’– está formada por elementos descriptivos que configuran un saber enciclopédico, con multitud de noticias y comentarios sobre los lugares y los pueblos que figuran en la carta, hasta el punto que sus fuentes pueden ser obras literarias, como en el caso del mencionado *Atles català*, una obra que reúne “información enciclopédica sobre geografía física, biogeografía y antropología cultural, astronomía y astrología”, y que tiene entre sus fuentes a san Isidoro, el libro de Marco Polo o *La flor d’histories d’Orient* (Rosselló i Verger, 2000, 44, 37 y 57). No hay que minusvalorar la trascendencia latamente ‘literaria’ y artística de tales manifestaciones, por su profundo impacto en la dimensión *mental* de la experiencia del viaje, dimensión tanto más presente que, pongamos, hoy en día, cuanto menor era para un individuo de la Edad Media la oportunidad de efectuar un viaje real. Puestos a hacer mapas, se abundaba. Un mapa podía llegar a ser una verdadera obra de arte, como el de Cresques, espléndidamente decorado, rico en detalles concretos o imaginarios, e incluso de sugerencias de posibles rutas: “aquesta caravana es partida del imperio de garea per anar al catayo”...⁸ La experiencia visual compensaba la falta de vivencia real; de ahí que se la valorara más y que lo que para nosotros es simplemente un escueto *mapa geográfico*, para un hombre de la Edad Media era todo un reportaje, ilustrado, de noticias sobre un borrosísimo mundo ajeno, *otro* (por relativamente cercano que fuese).

Pese a ciertas curiosidades ‘exóticas’ por el lejano Oriente, se trató de un desarrollo y de un interés orientados básicamente hacia el Mediterráneo, tanto occidental como oriental. Los cartógrafos, marineros y demás viajeros catalanes no se proyectan hacia tierras desconocidas en sentido estricto, exóticas, sino que apuran sus conocimientos de las áreas más susceptibles de entablar relaciones comerciales: el norte de África magrebí y el Oriente mediterráneo. Al final, el primero les habrá proporcionado bastante más dinero; pero el segundo les regaló el fantástico azar de convertirse en dueños de Atenas durante tres cuartos de siglo. No es que no se tuviesen noticias, tanto económicas como políticas, acerca del área subsahariana, como se aprecia, por ejemplo, en la carta de Macià de Viladesters, de 1413, que recoge las rutas del oro senegalés y menciona los ‘reyes’ de la zona (Rosselló i Verger, 2000, 59-60). A través del brazo de mar que los catalanes denominaban su “*mànega*”, marineros y mercaderes incluso doblaron el estrecho de Gibraltar y navegaron de pequeño cabotaje a lo largo de la costa atlántica de África; el cartógrafo Dulcert describe el “país dels negres” en el año 1339, las tierras del oro, al sur del Sahara, “un río que es el Níger” y “un rey, cuya riqueza cuenta en oro: es el rey del Mali”. Sin embargo el intento más penetrante de proyección hacia el Atlántico –*grosso modo* en concomitancia con las exploraciones a Canarias de mediados del siglo XIV– acabó en fracaso (Dufourcq, 1969, 112; Chaunu, 1972, 39-40): el 10 de agosto de 1346, el mallorquín Jaume Ferrer “levó anclas a bordo del *Uxor*, ‘per anar al riu de l’or’. Jaume Ferrer realizó el difícil paso del cabo Bojador. Debió de alcanzar, sin duda, las costas de Senegal. Incluso se ha

⁸ Transcribo la inscripción que aparece en una hoja del *Atles català*, tal como la reproduce Dufourcq 1966, frente a p. 421.

dicho, sin serias razones para ello, que llegó hasta el Níger. Jaume Ferrer [...] no regresó jamás para poder narrarlo” (Chaunu, 1972, 40). Al cabo Bojador se llegó noventa años después. La aventura atlántica –y la correspondiente literatura– quedarán para el siglo XV castellano y, sobre todo, portugués.

El “fracaso atlántico” –en palabras de Chaunu– del siglo XIV configura, pues, el espacio del viaje catalán: “un camino que no conduce a ningún lugar desconocido”, donde viajan juntos peregrinos, mercaderes y aventureros (Grilli, 1995-96, 290). Las relaciones con el Magreb –por cierto, destino luliano por excelencia– fueron precoces y en cierta medida fructuosas. Apoyándose en sus bases mallorquinas, sardas o sicilianas, navíos catalanes zarpaban de Barcelona o de la costa de la Cataluña norte hacia las costas de Túnez, Bujía, Argel u Oran en busca de esclavos, cereales, lana... “En el marco imperialista constituido por su política de las islas y de los estrechos [...] la Corona de Aragón multiplica sus esfuerzos en Barbaria” (Dufourcq, 1969, 465)⁹.

Al otro lado estaba el Oriente mediterráneo, la “Romania”¹⁰ entre la disgregación de Imperio bizantino y el ascenso de los turcos. En primer lugar su capital, Constantinopla, otro objetivo conocido por el hipotético viajero, ciudad prestigiosa y fabulosa, sede del patriarca cristiano y, con su palacio de “Blanquerna”, del emperador, símbolo del Imperio y por ello meta de Roger de Flor y de Tirant. Pero *Romania* es sobre todo Grecia, tierra que quedó ligada indisolublemente al imaginario catalán desde que un ejército de mercenarios aragoneses, los almogávares, lograron conquistar Atenas, Tebas, Neopatria y alguna otra plaza fuerte, que permanecieron bajo el dominio de la Corona hasta 1388¹¹. El *Diplomatari de l’Orient català*, publicado por Rubió i Lluch en 1947, deja vislumbrar los edificios de la Acrópolis, transformados en monumentos cristianos¹². Allí se lee aquel famoso documento dictado por Pere IV, donde se menciona la Acrópolis (“lo castell de Cetines”) en términos donde parece traslucirse una ternura mezclada con admiración:

...ara lo bisbe de la Megara, qui es j. dels dits missagers, tornassen de licencia nostra, e ha ns demenat que per guarda del castell de Cetines li volguessem fer donar x. o xij. homes d’armes. E nos vahents que açó es molt necessari e que no es tal cosa que no s deya fer, majorment con lo dit castell sia la pus rica joya qui al mon sia, e tal que entre tots los reys de cristians envides lo porien fer semblant, havem ordenat que l dit bisbe se n men los dits xij. homens...

(Rubió y Lluch, 1947, Diploma CDIV).

Pero no nos engañemos: es más bien un espejismo de nuestra moderna veneración por la Grecia clásica. En el tono de Pere se nota un talante utilitarista: la metáfora, “rica joya”, y el cálculo que se vislumbra detrás de sus palabras: “açó es molt necessari”, la cosa es viable “es deya fer”. De hecho, se trataba sobre todo, y comprensiblemente, de comercio y piratería: “empresas bélico-diplomáticas que no descartan la actividad comercial y el pillaje, al contrario, cuentan con ello” (Ribera Llopis, 1990, 304); o,

⁹ Sobre las primeras relaciones diplomáticas con Túnez y Bujía a principios del s. XIV, véase también el trabajo pionero de Giménez Soler, 1907, 195-224.

¹⁰ Ribera Llopis, 1990, 303 y 1991, 88, ofrece algunas determinaciones espaciales y administrativas de este término en los *Diplomas* catalanes catalogados por Rubió i Lluch 1947 y en la *Crònica* de Muntaner, respectivamente.

¹¹ Sobre Tebas –capital del ducado– y Atenas cf. las observaciones de Rubió y Lluch, 1937, XLVIII-LVIII, comentando los documentos a ellas referidos en su *Diplomatari*. La forma del domino –solo en los últimos años ejercido directamente por la Corona– se explica en Setton, 1975, que ofrece una espléndida reconstrucción de la trayectoria del Ducado.

¹² Véase el comentario de Rubió i Lluch, 1947, LVII.

como se expresaba ya en 1304 Federico de Sicilia: “lo feit de Romania, ço es a saber, conquerirla” (Dipl. XI; cf. Ribera Llopis, 1990, 303; 1991, 83)¹³. Los avatares de la Gran Compañía catalana durante el siglo XIV son una muestra excelente de esta mezcla de afán de enriquecimiento, aventura y agresión que caracterizó el ‘viaje’ catalán al Imperio de Oriente.

¿POR QUÉ Y PARA QUÉ VIAJAR? TIPOLOGÍA DEL VIAJE CATALÁN.

No obstante, y como se advertía al principio, todo esto no parece reflejarse, de una manera indiscutible y evidente, en la existencia de una “literatura de viajes” con rasgos y características propias, al menos según como en tiempos recientes se ha intentado plantearla. Es más, sólo la indefinición inherente al concepto de ‘literatura de viaje’ ha permitido incluir en este género una buena cantidad de textos catalanes. En realidad, si no se quieren meter en el mismo saco obras de naturaleza e intencionalidad muy heterogéneas, y si queremos ceñirnos a los textos cuya intencionalidad es, al contrario, declarada y explícitamente la de relatar un viaje, el abanico de obras queda extremadamente reducido. En vano se buscará un *corpus* literario comparable, pongamos, al portugués, con ricas descripciones de itinerarios y costumbres exóticos, las costas del Atlántico, el África subsahariana y más allá, hacia los mares de la India; y ni siquiera algo así como la castellana *Embajada a Tamorlán*, con su descripción del modo de vida de los Tártaros. Los objetivos y los intereses de los catalanes son más próximos y tangibles. Si existe un ‘espíritu de la comunidad’, el de Cataluña se confirma como lo que tradicionalmente ha sido: pragmático y concreto.

El alma

Habría, pues, que acudir a los ‘móviles’ del viaje: el alma y el bolsillo, precisamente, a veces (o quizá casi siempre) ambos a la vez, y atender a aquellos textos que se organizan en torno a un viaje. Desde luego, los ideales de cruzada para el rescate de la Tierra Santa, a menudo confundidos en espléndida simbiosis con otros menesteres menos espirituales¹⁴, nunca habían dejado de solicitar las mentes de los europeos. En 1269, Jaume I, el gran “Conqueridor”, había proyectado la “crouada” para rescatar los Santos Lugares, pero la expedición, como se sabe, se dispersó en aguas de Menorca, y fracasó. No obstante, el episodio es interesante en tanto que deja constancia de relaciones diplomáticas con el Khan tártaro, por mediación del embajador Jaume Alarich de Perpiñán, configurando un círculo de relaciones que incluye también al rey cristiano de Armenia, hermano del autor de la *Flor d’històries* (Hauf, 1989, 24)¹⁵.

A decir verdad, la cruzada quedó muy lejos de hacerse realidad, pero no cabe duda de que “movilizó las energías y la voluntad del país, y debió formar un sector de opinión” (Hauf, 1989, 28), lo que, en efecto, volvemos a comprobar un poco más tarde,

¹³ Véase, además, Setton, 1975, 41, n. 4. Por otra parte, me parecen poco fructuosos los esfuerzos del prof. Ribera Llopis por incluir en la ‘literatura de viajes’ esta clase de documentos.

¹⁴ Véase, en resumen, la bibliografía consignada en el artículo de Madenas Tinoco, Orts Molines y Ribera Llopis, 1997, esp. p. 940.

¹⁵ La *Flor de les històries d’Orient* (III, 31) recoge este proyecto, aunque sin mencionar explícitamente al rey de Aragón. Sobre el tema, véase F. Carreras Candi, “La Creuada a Terra Santa”, en *I Congrés de Història de la Corona d’Aragó*, I, Barcelona, 1909, pp. 106-38; una reconstrucción divulgativa en Gayà, 1979, 39-41. Jaume habla de la cruzada en los capítulos 481-492 de su *Libre dels Feits*. La situación de Oriente en tiempos del rey aragonés está trazada por G. Pistarino, “Economia e società nel Mediterraneo all’epoca di Giacomo I il Conquistatore”, en VV.AA., *Jaime I y su época*, X Congreso de Historia de la Corona de Aragón, Zaragoza, 1979, pp. 243-65.

cuando esta aspiración catalana al control de Tierra Santa, eso sí, algo rebajada, se hace patente en la carta que Jaume II envía al sultán de Egipto; allí le pide que “li placia atorgar et ordonar a guarda i administració del sant sepulcre, per tots temps a la orde dels frares predicadors [...] Axí empero quels dits frares [...] sien tota hora naturals dels regnes et de les terres del Rey Daragó” (Pijoan, 1907, 371). Ése es precisamente el trasfondo del más completo, en mi opinión, de los textos de viajes propiamente dichos, el relato del recorrido por Palestina de un grupo de frailes predicadores catalanes capitaneados por G. de Trepis y amparados en la protección oficial del rey: “xii predicadors quel rey Daragó avia trameses al dit salda per servir lo sant sepulcre”. El relato, fechado en 1323, fue redactado, al parecer, por un tal Joan Rovira de Montblanch, y va encabezado por el epígrafe latino: “Hic demonstrantur loca que sunt iusta Iherusalem”. En 1907 Josep Pijoan, quien había encontrado el breve texto en el Archivo de la Corona de Aragón, lo publicó con el título de *Viatge a terra santa*.

Después de una parada en el Cairo para arreglar todas las cuestiones aduaneras, los predicadores se dirigen a Jerusalén, donde se quedan muy poco, para proseguir hacia Belén y Nazaret y de allí hacia el lago de Tiberíades; en el camino de regreso se entretienen, ahora sí, en Jerusalén y visitan detenidamente el Santo Sepulcro, las iglesias de la ciudad y Sión; antes de llegar a Alejandría, donde les espera el barco para el camino de regreso, hacen un alto en el monasterio de santa Catalina de Sinaí¹⁶.

Aquí, en efecto, encontramos muchos de los elementos tradicionales del libro de viajes, empezando por la conclusión, que asegura del valor de verdad del relato: “E totes les dites coses los dits predicadors [...] veeren e hoyren visitant e veen los dits lochs porque poden fer mils testimonis de veritat” (ed. Pijoan, 1907, 384)¹⁷. El viaje es el centro y el móvil en sí mismo de la escritura, el itinerario constituye “la urdidumbre o armazón del relato” y ocupa “la totalidad del texto” (Pérez Priego, 1984, 220, 221); el espacio es cuidadosamente trazado a base de la tradicional indicación de las jornadas de camino: “anaren en Iherusalem hon ha xvii. jornades” (ed. cit., 374)¹⁸ o, en ocasiones, de las legas: “De Naym tro el munt Tabor [...] pot aver ij. legues” (ed. cit., 378). Dentro de un espacio reducido, la indicación es más familiar, también según un patrón habitual en el género, el “tiro de piedra” o el “lance de ballesta”: “Denant aquest loc de Getsemani debes munt Olivet ha .j. treyt de balesta ha .j. loc qui ha nom Galilea” (ed. cit., 375)¹⁹. Y también en este *Viatge* la ciudad desarrolla el papel de “índice de referencia esencial a través del cual progresa la descripción” (Pérez Priego, 1984, 226): del Cairo a Jerusalén, de Jerusalén a Belén, de Belén a Nazaret etc., hasta volver a Egipto y de ahí a casa, aunque aquí la descripción está condicionada también, como es obvio, por la exigencia de mencionar determinados lugares –no siempre ciudades– vinculados a la tradición cristiana. Del tiempo sólo se especifica el año –“lan de nostre senyor que hom contava .M.CCC.XXIII.”– pero un cierto orden cronológico se da por supuesto, ya que el itinerario se presenta como lineal; además, el relato se dice basado en apuntes tomados a lo largo del viaje: els dits predicadors ordonaren escrits tots los lochs axi com los cercaven, el trobaren, el vegueren” (ed. cit., 374)²⁰.

¹⁶ Sigo muy de cerca el resumen de Pijoan, 1907, 371; el estudioso catalán también menciona otro texto de interés para nuestro asunto, un *Romiatge de la casa sancta de Jherusalem fet per mestre Guillem Oliver ciutadà de Barcelona*, de 1464, publicado por mossen Jaume Colell (Barcelona, 1900) y que, por lo que alcanzo, no se ha vuelto a editar.

¹⁷ Para la función de estas afirmaciones –el “argumentum veritatis”– dentro del ‘género’ del relato de viajes, véase Cardona, 1986, 705.

¹⁸ Cf. Cardona, 1986, 699-700.

¹⁹ Cf. Ribera Llopis, 1991, 95.

²⁰ Es otra característica estudiada en los textos castellanos por Pérez Priego, 1984, 224; véase también, con perspectiva parcialmente distinta, Cardona, 1986, 699.

La estructura es más bien rígida: narración impersonal²¹, determinación del lugar mediante la indicación de la distancia, relato de la leyenda escripturística o popular relacionada con el lugar. No falta, de hecho, lo que, para nosotros, es el “componente maravilloso” (Ribera Llopis, 1991, 97; Pérez Priego, 1984, 229), como en la descripción de la “probática piscina”, tópico de los *Itineraria ad Terram Sanctam*, autorizado por la palabra de san Juan (V, 2-9): “enves la ma squerra es la font a la qual dien probatica piscina. E aquí ve langel moure layga daquela font. Els malutes qui aquí sajusten es banyen en aquella ayga tantost fa garits” (ed. cit., 375). Y en la tradición de los *Itineraria* se sitúa el texto de Joan Rovira, permitiéndonos medir toda la distancia que lo separa de otros productos bastante más ambiguos.

De naturaleza muy distinta es el texto quizá más famoso de entre los llamados “de viajes”: en el *Viatge del Vescomte Ramon de Perellós i de Roda fet al Purgatori de Sant Patrici*, escrito a caballo de los siglos XIV y XV, las razones del alma se mezclan con las de la salvaguardia del cuerpo y también con la pura curiosidad viajera, propia de un caballero de la baja Edad Media. La tradición románica medieval del viaje a ultratumba o ‘literatura de visiones’ era bien conocida en las letras catalanas (Ribera Llopis, 1991, 122)²². Uno de los arquetipos del género, el *Tractatus de Purgatorio sancti Patricii* de Hugo (o Enrico) de Saltrey, escrito a finales del siglo XII, conoció una importante difusión en la Península ibérica, y había sido traducido al catalán por Ramon Ros de Tárrega en 1320 (Brunel, 1956)²³.

El vizconde –que indudablemente conoce bien la versión catalana del análogo viaje de Owen, el protagonista del *Tractatus* de Saltrey– narra que, a raíz de la muerte de su señor el rey Joan I, emprendió, “en l’any de la nativitat de Nostre Senyor Jesu Crist mil CCC-XCVIII, les vespres de Nostra Dama de setembre”, un viaje al Purgatorio de san Patricio, lugar legendario situado en Irlanda. Su itinerario empieza en Aviñón y pasa por “París, Calais, Canterbury, Londres, la corte inglesa de Got (lugar difícilmente identificable), Chester, Holyhead, Isla de Man, Dublín y el norte de Irlanda” (Taylor, 1993, 64) para finalmente llegar a su destino –la “fossa” del Purgatorio–, entrevistarse con el alma de su difunto rey Joan y volver a “sa terra” no sin relatar el itinerario de su regreso por Gales, Inglaterra, Calais, París y de nuevo Aviñón. El texto es un entramado de elementos literarios, morales y devotos al que no quedan ajenos aspectos del debate ideológico de la época. Cuando, por ejemplo –utilizando un recurso muy común en esta clase de literatura– el protagonista y narrador baja finalmente al lugar de expiación y encuentra a personajes conocidos, “companyons... e... parents” suyos, no pierde ocasión para lanzar su crítica hacia las costumbres de los frailes: “frare Francès, ab lo qual io parlí, sofria la major pena per una monja que traguí d’un monestir”; o las de las mujeres: “E la pena major que ma neboda havia era per les

²¹ Según Pérez Priego, 1984, 232-33, la forma de presentación del relato es normalmente la primera persona (singular o plural), y sólo en un caso –la *Embajada a Tamorlán*– se da la tercera; de todas maneras, lo que cuenta es, a mi entender, la búsqueda de impersonalidad y el carácter de “pura narración lineal y continuada”, que sí se encuentran en nuestro texto.

²² El autor propone aquí un interesante esquema global de la literatura de visiones catalana, donde nuestro texto ocupa la sección III: “Visiones reales activas (con desplazamiento)”, junto con otro interesante texto medieval, el *Testament de Bernat Serradell de Vic*, escrito hacia 1422-1424, que se comenta sumariamente en la p. 124 del art. cit. y, más extensamente, en la *Introducción* de A. Pacheco a su edición de este texto, 1971, pp. 7-66; de ello se desprende que la segunda parte del *testament* es la narración, con fines edificantes, de una visión, experimentada por el autor, del Paraíso, primero, y del Infierno, después.

²³ El ambiente, en efecto, era propicio: en 1386, el infante Joan –de quien se ha visto la afición por semejante literatura (v. *supra*, p. 0, n. 7)– pide una “tota relació per aquell cavaller qui deits que es estraint en lo Purgatori de sent Patrici [...] car fort ho desijam saber” (Rubió i Lluch, 1908, doc. n. CCCLXXXII).

pinctures e emblanquiments que havia feits en sa cara quan vivia”. También el encuentro con su rey le ofrece la posibilidad de recordar a su público “que los reis e prínceps que són en lo món se deuen sobre totes coses guardar de fer injustícia per fer plaer ni favor a negú ni a neguna ni a d’altres pus prop del llinatge, sien hòmens o femnes” (ed. Pacheco, 1982, 41), según un tópico político de raigambre europea y para nada desconocido en el pensamiento doctrinario catalán. No otra había sido la estrategia de Dante.

Con todo, hay que reconocer que se aprecia una suerte de voluntad de narración realista, incluida la habitual afirmación del valor de verdad de lo que se va a relatar:

E de fet io me metí a seguir les aventures del món per totes les terres de cristians e d’enedels, tant de sarrains com d’altres de diverses sectes que són en lo món, on rasonablement hom pot anar; en tant que, per la gràcia de Deu, la major partida de les coses que io havia oïdes dir estranyes e maravolloses io he vist tant en terra quant en mar, e d’aquelles que he vist puc fer verdadera fe (ed. Pacheco, 1982, 23).

Hasta en la descripción de la entrada en el Purgatorio, la atenta gradación de los tiempos o la abundancia de los detalles narrativos y psicológicos, realistas y fantásticos, parecen remitir a ciertas características del relato de viaje:

[...] e me recomané a Dé, e intré dedins lo purgatori e mon companyó aprés [...] E llavors io me posí a seure lo pus bell que io poguí, e estiguí en aquell estament pus d’una hora que no pensava que altra cosa n’hi hagués; bé es veritat que me pres una susor e angoixosa gran de cor, axí com si la mar me fes mal o que navegúes. E a cap de peça, casi d’enuig, m’adormí per la gran angoixa que havia haüda; enaprés venc un tro així gran que tots aquells que eren al monestir, tan tlos canonges com los latres que eren vinguts am mi, lo sentiren axí com si fos dels trons de setembre; e era lo cel clar, que tots aquells de fora hagueren açò per a grans meravelles. E en aquella hora io caiguí de calque dues canes d’alt; emperò, per la gran angoixa que havia haüda que era tot dormillós, io fui un poc envaït [...] E a cap d’un poc io gemeguí, e diguí les paraules que lo prior m’havia ensenyades, les quals són aquestes: “Criste fili Dei vivi, miserere mei peccatori”. E llavors io vi la fossa oberta, per la qual io aní longament, e perdé mon companyó, que no el vinguí ni sabia què s’era fet (ed. Pacheco, 1982, 35-36).

Y es que, de acuerdo con Ribera Llopis (1991, 127 y 124), el texto está dotado, entre otras cosas, de una “funcionalidad inmediata y urgente”, la de alejar de sí las “posibles sospechas de implicación en la muerte de Joan I”²⁴. Por otra parte, la primera difusión manuscrita e impresa nos indica que, como acertadamente sostiene Taylor (1993, 64), “cuando definimos el libro de Perellós como libro de viajes lo hacemos con la mira puesta en lo original del texto; los redactores de estos dos tomos [el manuscrito de 1466 y el incunable de 1486] atendían a su parte más tradicional”. Así que, a la vista de esta

²⁴ En verdad, el texto en sí mismo no da indicaciones en este sentido. Sin embargo, se sabe históricamente que Perellós se vio envuelto en el proceso por la muerte del rey, aunque salió exculpado; según Pacheco (1982, 9), el noble catalán emprendió su viaje –que realmente tuvo lugar– para alejar definitivamente el “rumor popular” sobre su implicación. Como se sabe, el *Somni* de Bernat Metge responde a la misma preocupación.

compleja red de significados y motivaciones, ni siquiera el “viaje” del vizconde puede considerarse un “libro de viajes” libre de sospecha.

El bolsillo

Se ha dicho que las llamadas “cuatro grandes crónicas” catalanas son susceptibles de ser tratadas en el ámbito de la literatura de viajes. Veamos si esto es posible, en qué medida y con qué frutos. Escogeremos como *specimen* la *Crònica* de Ramon Muntaner, por ser el texto que a todas luces mejor se presta a nuestro intento de análisis²⁵, entre otras cosas, porque se sitúa en el principio de la expansión, geográfica y literaria, del ‘viaje’ y porque contiene un episodio coherente y extenso de desplazamiento a Oriente. Se trata de los famosos capítulos que narran la expedición de los mercenarios almogávares a “Romania” (caps. 194-244). Aquí el móvil del viaje es evidentemente “el bolsillo”: los *almogàvers* de Muntaner –ya lo hemos observado– “se encontraban en el centro de una compleja red de intereses políticos internacionales” (Badia, 1993, 25); sus objetivos son la conquista y la explotación de las tierras conquistadas; paralelamente, los “héroes” de Muntaner se mueven en base a coordenadas literarias y tradicionales hasta el momento en que la trayectoria heroica del protagonista, Roger de Flor, se ve cortada por su asesinato por parte del hijo del emperador. Y es que han aparecido los griegos: otro “esquema literario” ha venido a enturbiar las aguas²⁶.

La visión que Muntaner ofrece de los griegos –lo que podríamos llamar sus observaciones ‘antropológicas’– se enmarca dentro de la intencionalidad general de su texto. Es cierto que se puede encontrar en la *Crònica* una cierta curiosidad ‘exótica’, pero, por supuesto, casi siempre está mediatizada por patrones literarios y condicionada por las razones profundas que mueven la *Crònica*. Así la descripción de Troya (cap. 214), ante cuyas ruinas “no parece sentir la menor emoción” (Badia, 1993, 34), más bien al contrario: “de cascuna part trobàrets que havia molt bona vila e molt bon casal en lo temps que nós hi anam, qui tot és estat destròvit e deshàbitat per nos, segons que avant entendrets, a gran tort de l’emperador e a gran dret nostre”²⁷. Por otro lado, se puede observar una cierta admiración por el aparato burocrático bizantino, sobre todo cuando los beneficiarios son catalanes, como en el caso del título de “megaduc” otorgado a Roger de Flor: “El megaduc és aital ofici que vol aitant dir con gran príncep, senyor de tots los soldaders, e que haya afer sobre l’almirall, e que totes les illes de Romania sien sotmeses a ell, e encara los llocs de les marines” (cap. 199; Zimmermann, 1988, 221-2 y 231-32)²⁸. En otro orden de consideraciones, merece una mención la descripción de los Alanos, que viven “a manera de tartres, que ab tots ço del llur van tots temps, e jamés no posen en ciutat, ne en vila, ne en poblat” (cap. 226), donde la referencia a los tártaros nos indica que probablemente Muntaner fue lector de Marco Polo y, sobre todo, sugiere que su ‘simpatía’ por los alanos nómadas se debe a una

²⁵ Para una mención del *Libro dels feits* del rey Jaume I, véase *supra*, p. 0, n. 15.

²⁶ Retomo algunas sugerencias de la profesora Badia, 1993, 27-33.

²⁷ Es posible –como opina Zimmermann, 1988, 233– que Muntaner quiera sugerir una relación de “prefiguración” entre el destino de la antigua Troya y el del actual Imperio. En cambio, no se ve por dónde se pueda encontrar aquí un interés viajero, a pesar de los esfuerzos de Ribera Llopis, 1991, 90; de todas maneras, posibles atisbos de una curiosidad vagamente geográfica ofrece Zimmermann, 1988, 229-31, que habla de “curiosité sélective” (228-29) y menciona la “descripción o evocación” de una decena de sitios, entre ellos Éfeso (cap. 206), donde relata un *mirabile* (cf. Badia, 1993, 34), y Galípolis, ‘capital’ de la Compañía (cap. 214 y *passim*: cf. Zimmermann, 1988, 230-31).

²⁸ Véase, además, Ribera Llopis, 1991, 85.

especie de identificación con los modos de vida de la Compañía (Zimmermann, 1988, 219).

Sin embargo, se trata no sólo de descripciones muy someras, sino de itinerarios casi siempre funcionales al hecho militar, como cuando, al relatar la gran batalla entre almogávares y turcos, el argumento se introduce con la curiosa frase “volc complir de visitar tot lo regne de Natolí [Anatolia]”; la subsiguiente evocación de la “Porta del Ferre, qui és en lo despartiment entre del Natolí e del regne d’Armínia” (cap. 207) –es decir, el paso montañoso que marca el extremo límite oriental tocado por los catalanes en Asia Menor– sólo sirve para preparar el escenario de la gran batalla que los almogávares ganarán contra los turcos. En una ocasión, es posible incluso que altere datos geográficos por fines ideológicos (Zimmermann, 1988, 214)²⁹.

En efecto, sin hablar siquiera del desinterés máximo de Muntaner hacia Grecia como cuna histórica, que ya se ha comprobado (Rubió i Lluç, 1947, LVIII), la percepción de los griegos que manifiesta el cronista catalán se podría definir, en términos modernos, ‘xenófoba’, o más sencillamente “totalement négative” (Zimmermann, 1988, 224-26), sobre todo después de la traición que supone el asesinato de Roger de Flor, que dará lugar a la “venganza catalana”. Pero esto nos indica que el interés de Muntaner está en la acción, en la conquista, y al mismo tiempo nos advierte sobre la falta de cualquier interés ‘geográfico’ por su parte³⁰: “Lorsque Muntaner décrit un pays ou une ville, c’est pour annoncer, “programmer” le désastre qui s’y déroulera bientôt [...] Le projet du chroniqueur catalan n’est pas de donner une description géographique de l’Empire ou un guide du voyage en Orient” (Zimmermann, 1988, 216, 228). Los griegos son “cismáticos” (cap. 227), crueles (cap. 217), traicioneros: “malvat, qui tan gran tració havia feta” (cap. 221)³¹, desleales, “no era lleial”, cobardes (“la viltat d’aquella gent era tanta...”) (*ibid.*) y al mismo tiempo soberbios y faltos de caridad, lo que les ha traído la ira de Dios:

Mas sobre los grecs ha Déus tramesa tanta de pestilència que tothom los confondria; e açò esdevé per dos peccats senyalts qui en ells regnen, ço és: la un, que son les pus orgulloses gents del món, que no ha gents al món que ells preen res sinó ells mateixs, e res no valen; d’altra part, que han la menys caritat de llur proïsme que gents que sien e’l segle (cap. 203).

En realidad –y al margen del ‘viaje’– sería interesante aquí situar tales ideas en su correcta perspectiva cultural o, lo que es lo mismo, en el trasfondo de la cultura contemporánea de su autor. Porque, como se decía arriba, para caracterizar a los griegos, Muntaner se sirve de toda una tónica de la denigración muy difusa en la literatura europea. De hecho las acusaciones de cobardía, pereza, perfidia, etc. son las más comunes junto con la de ser mentirosos³². Una *Familiaris* de Petrarca (XIV, 5, 2) lo ilustra eficazmente: “quinetiam de fallacibus atque inertibus Greculis et per se grande nihil ausuris non modo non doleo, sed valde gaudeo, et infame illud imperium sedemque illarum errorum vestris manibus eversum iri cupio”.

²⁹ No veo, con toda mi buena voluntad, “el contenido aliento descriptivo” del que habla Ribera Llopis, 1994, 865, en la rápida anotación que Muntaner hace sobre el Bósforo –“no hi havia mas un braç de mar al mig, qui no ha d’ample dues milles” (cap. 202)–, que le sirve para hacer resaltar la facilidad con la que los turcos, espadas en alto, “menaçaven a l’emperador”.

³⁰ Bien mirado, mi opinión no contrasta con la de Rubió i Lluç, 1947, 37, quien habla del gran “coneixement geogràfic” del cronista catalán, limitadamente, al menos, a ciertos territorios.

³¹ Aquí se refiere a Miguel, el hijo del emperador, el que traicionará a Roger de Flor.

³² Cf. Hunger, 1987. Debo esta referencia a la sabiduría y amabilidad de mi amigo, el bizantinista Antonio Rollo.

Fuera de Rumania, no hay mucho más. La única excepción relevante es Jerba, otro lugar de la geografía del viaje catalán, donde algún que otro elemento de mayor intención narrativa y descriptiva parece hacer deslizar la escritura muntaneriana, efectivamente, hacia ciertos modos del relato de viaje (Ribera Llopis, 1991, 86; 1994, 859-60).

Gerba és una illa qui és en mig de Barbaria; que si ben ho comptats, aitant ha de Gerba a Cepta con de Gerba en Alexandria. E no us cuidets que de tot sia illa, que tant és prop de la terra ferma, que cent mília hòmens a cavall e atretants a peu hi passarien [...] Per què és menester que tothom que sia capità de Gerba haja quatre ulls e deu orelles [...] majorment con lo pus prop secors que ha, de crestians, es Messina, on ha ben de Jerba a Messina cinc-cents milles; e així mateix, que Gerba ha veïns Selim, Bemargan, Jacob Ben Acia e Bon-Bàrquet, e els Debebs e d'altres barons d'alarbs, qui cascun ha gran poder de cavalleria (cap. 117).

Y es que aquí influye el elemento autobiográfico, ya que el “capità” de la isla era el propio Muntaner³³, que por ello gusta, en su *Crónica*, de abundar en algún detalle más, sin que ello deje de obedecer a una preocupación eminentemente militar y, en definitiva, económica. No olvidemos, en efecto, que el móvil sigue siendo el bolsillo, en este caso con el comercio de esclavos:

l'almirall [...] aná-se'n en Barbaria, a una illa qui ha nom Gerba, qui era del rei de Tunis. E barrejà la illa, e tragué'n més de deu mília, entre sarraïns e sarraïnes, que aportà en Sicilia; e en tramés a Mallorca e en Catalunya. E guanyà tant, que la messiò que les galees havien feta e ço que costaren d'armar, se quità” (*ibid.*).

Se trata, pues, como puede fácilmente comprobarse, de atisbos, detalles, matices que no ocultan el riesgo de excederse en una interpretación de esta obra –y de toda la cronística– según los patrones del ‘género literatura de viajes’ y acabar perdiendo de vista el hecho fundamental de que el componente ‘viajero’ –si es que lo hay– está radicalmente subordinado a otro orden de factores ideológicos y literarios.

A MODO DE CONCLUSION. VIAJES O AMBIENTES DE FICCION

Quedaría por examinar un puñado de textos que, con más o menos salvedades, suelen incluirse en la ‘literatura de viajes’. Textos inequívocamente de ficción, que, a mi parecer, responden a estímulos e intenciones profundamente distintos y cuya inclusión en el ‘género’ viajero sólo sirve para enturbiar las ya poco claras aguas de esta parcela de la literatura y también la propia exégesis de los textos en cuestión. La confusión nace, desde luego, de una realidad: “los libros de viajes del siglo XV responden, en efecto [...] a la mentalidad y formas de vida caballerescas de la sociedad española del ocaso de la Edad Media” (Pérez Priego, 1984, 235, 237); paralelamente, pues, los libros de caballerías –y semejantes– hacen del viaje uno de sus principales ejes narrativos. No hay más que reparar en los *itineraria* que trazan los caballeros errantes que de toda Europa acuden, por ejemplo, al Paso honroso de Diego de Quiñones, en 1428 (Riquer, 1970).

³³ La importancia de este aspecto en la *Crònica* es puesta de relieve por Montoliu, 1959, 88-92 (la estancia en Jerba, en la p. 89).

Veamos, ante todo, la *Faula* del mallorquín Guillem de Torroella, de la segunda mitad del siglo XIV. Un relato fantástico que se hermana con los de la Materia de Bretaña (Bohigas-Vidal Alcover, 1984, XII), donde el caballero viaja a caballo de una ballena para llegar a una isla encantada donde viven Artús y su hermana, la hada Morgana. El encuentro del protagonista con el mítico rey ofrece la ocasión para que éste levante una lamentación sobre la decadencia de las costumbres caballerescas y despida a Guillem con el cometido de contar a los pueblos sus recomendaciones sobre la necesidad de que los reyes ejerzan la *liberalitas* y la *fortitudo*. Así las cosas, ante esta suerte de *speculum principis*, el análisis que tenga en cuenta el aspecto del ‘viaje’ sólo puede valer como posible “urdidumbre y armazón”, uno más de los instrumentos útiles para aclarar una intención literaria que tiene otras raíces y muy otros objetivos.

La *Història de Jacob Xalabín* –aventuras del príncipe turco Jacob y de su amigo Alí, sus amoríos con sendas princesas y la muerte de Jacob a manos del pérfido pretendiente Bajazet, tras la gran batalla de Kosovo– también tiene rasgos caballerescos, aunque contaminados con otros de distinta índole. Se trata de una apología política en defensa de uno de los herederos al trono turco, construida con elementos de la ‘novela sentimental’ y de la ideología caballeresca. Su interés, más que geográfico, es antropológico, por el retrato, al parecer muy fiel, de los modos de vida orientales en el ‘400; el autor se dirige, además, a un público occidental, es decir, explota las posibilidades literarias del carácter exótico de su texto, lo que queda de manifiesto en la alocución a los lectores, rasgo característico del relato viajero (Cardona, 1986, 696): “sapiats que en aquella terra han tal usança, que totes les dones van ab les cares cobertes, e null hom les pot veure ni conèixer” (ed. Pacheco, 1964, 107)³⁴. Es un texto de gran importancia que tiene varias facetas³⁵, pero la presencia de algunos recursos retóricos de la literatura de viajes y el mismo enfoque ‘antropológico’ de la *Història* sólo tienen cabida –como en *La Faula*– dentro de coordenadas culturales y literarias mucho más amplias, las de la literatura caballeresca y doctrinal.

Esta osmosis entre viaje y caballería llega a su cúspide en las dos grandes novelas catalanas del siglo XV. Existe, es sabido, una Grecia ‘literaria’, fantástica, arqueológica, o todas esas cosas a la vez. Es la Grecia cuatrocentista de *Curial* y *Tirant*. El *Curial e Güelfa* transcurre, en parte, en el Norte de África y en Grecia. Y Grecia, particularmente, nos da la medida del ‘viaje literario’ de Curial (libro III) –viaje al Parnaso– y de su distancia de Muntaner: “su ‘turismo’ ya no es la salvajada ingenua de Muntaner; un héroe literario del siglo XV sabe confusamente que hay algo muy suyo que comenzó en aquellas partes” (Badia, 1993, 37). El suyo es no sólo viaje literario, sino también *visión* literaria de donde regresará con la corona de laurel, como “poeta y orador” (Ribera Llopis, 1991, 123). Viaje mental, en definitiva.

En cuanto al *Tirant lo blanc*, es un dato bien conocido que su geografía es en buena medida real: Inglaterra, Sicilia, el Norte de África son espacios reconocibles. Esto nos sugiere la licitud de estudiar itinerarios y reconocer ‘fuentes’ de carácter geográfico, como los episodios sacados del *Libro de las maravillas* de Mandeville (Riquer, 1988, 161-62). Por otra parte, la auténtica meta de Tirant está en Grecia, es la Constantinopla del emperador y de “l’infanta Carmesina”, aquel “cos adolescent”, que esperaba también a Curial (Grilli, 1995-96, 285-87)³⁶. Así que toda la peripecia de Tirant es un

³⁴ Por lo demás, su precisión en la descripción geográfica es puesta de manifiesto por Pacheco, 1964, 18-19.

³⁵ Véase también la introducción de la profesora Badia a su edición de la *Història* (1982).

³⁶ Los capítulos del *Tirant* que narran las aventuras del protagonista en Constantinopla están recogidos en una útil antología al cuidado de M. Llanas y R. Pinyol i Torrens, *Tirant lo Blanc a Constantinoble*, Barcelona, 1982.

“viaje de intención claramente novelesca”, donde “culmina la utópica recuperación del antiguo Bisancio mediante una espacialización absolutamente falsificada” (Ribera Llopis, 1994, 866); y como tal –novela que se vale de recursos ‘realistas’– ha de ser analizada. Por lo tanto, más que nunca, estamos ante una producción que entra en la esfera de un cierto tipo de ideología caballerescas, que a su vez incorpora la experiencia del viaje y por la cual, en consecuencia, sí habrá que utilizar la retórica del viaje, pero, naturalmente, sin dejarse tiranizar por ella, es decir, considerándola como una más de las herramientas útiles para la comprensión de un texto que, naturalmente, en lo referente a la narración del viaje no tiene aquella “plena intención textual” que al principio poníamos como un requisito esencial de la existencia del ‘género’ (v. *supra*).

Con el siglo XV terminan las aventuras de Curial, de Tirant, de los viajes catalanes y también de la gran literatura catalana, que cayó en un letargo de algunos siglos. Cataluña no salió de su Mediterráneo rico y encantado. La literatura de viajes, a partir de ahora, contará, en portugués, historias de un Mundo Nuevo, más allá del Atlántico.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

TEXTOS

Aitó de Gorigós, *La flor de les històries d'Orient*: véase Hauf (1989).

Curial e Güelfa, ed. de R. Aramon i Serra, 3 vols., Barcelona, Barcino (Els Nostres Clàssics), 1930-33.

Historia de Jacob Xalabín: véase Pacheco, 1964.

Jaume I, *Crònica o Llibre dels feits*, ed. de F. Soldevila, *Les quatre grans Cròniques*, Barcelona, Selecta, 1971.

Llull, Ramon, *Arbre de ciència; Libre de les meravelles; Libre d'Evast e d'Aloma e de Blanquerna*, en *Obres essencials (OE)*, I, Barcelona, Selecta, 1957.

Martorell, Joanot i Galba, Martí Joan de, *Tirant lo Blanc*, ed. de M. de Riquer, Barcelona, Ariel, 1970.

Muntaner, Ramon, *Crònica*, ed. de F. Soldevila, *Les quatre grans Cròniques*, Barcelona, Selecta, 1971.

Perellós, Ramon de, *Viatge del Vescomte Ramon de Perellós i de Roda fet al Purgatori de Sant Patrici*, ed. de A. Pacheco y A. Bover i Font, Barcelona, Edicions 62, 1982, pp. 23-52.

Polo, Marco, *Il Milione*: véanse Gallina (1958) y Nitti (1980).

Rovira de Montblanch, Joan, *Viatge a Terra santa*: véase Pjoan, J., ed. (1907), pp. 374-84.

Serradell, Bernat de, *Testament*: véase Pacheco (1980).

Torroella, Guillem de, *La Faula*: véase Bohigas-Vidal Alcover (1984)

ESTUDIOS

Badia, L. (1982), "Estudi introductori" a *Història de Jacob Xalabín*, Barcelona, Edicions 62, pp. 5-24.

Badia (1991-92), "Monolingüisme i plurilingüisme segons Ramon Llull: de l'ideal unitari a les solucions pragmàtiques", *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XLIII, pp. 277-95.

Badia, L. (1993), "Veritat i literatura a les cròniques medievals catalanes: Ramon Muntaner", en *Tradicció i modernitat als segles XIV i XV. Estudis de cultura literària i lectures d'Ausià March*, Barcelona, Institut Universitari de Filologia valenciana y Publicacions de l'Abadia de Montserrat, pp. 19-38

Battlori, M. (1993), "La Mediterrània en la cultura catalana: segles XIII/XIV", en *De l'Etat Mitjana*, Valencia, Tres i Quatre, pp. 37-50.

Bohigas, P., Vidal Alcover, J. (1984), “Introducció” a Guillem de Torroella, *La Faula*, Tarragona, Tàrraco, pp. VII-LII.

Brunel, C. (1956), “Sur la version provençale de la relation du voyage de Ramon de Perellos au Purgatoire de Saint Patrice”, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, VI, pp. 3-21.

Cacho Blecua, J.M. (1997), *El gran maestro Juan Fernández de Heredia*, Zaragoza, Caja de ahorros de la Inmaculada de Aragón.

Cardona, G.R. (1986), “I viaggi e le scoperte”, en A. Asor Rosa (ed.), *La letteratura italiana*, Turín, Einaudi, pp. 687-716.

Chaunu, P. (1972), *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, trad. de A.M. Mayench, Barcelona, Labor.

Dufourcq, Ch.E. (1969), *L'expansió catalana a la Mediterrània occidental. Segles XIII i XIV*, trad. de J. Vallverdú, Barcelona, Vicens Vives.

Galmés, S. (1934), “Dinamisme de Ramon Llull”, *Estudis Franciscans*, XLVI, pp. 216-56.

Gallina, A.M. (1958), *Viatges de Marco Polo*, Barcelona.

Gayà, J. (1997), “Ramon Llull en Oriente”, *Studia Lulliana*, XXXVIII, pp. 27-78.

Giménez Soler, A. (1907), “Episodios de la historia de las relaciones entre la Corona de Aragón y Túnez”, *Institut d'Estudis Catalans. Anuari*, pp. 195-224.

Grilli, G. (1995-96), “Viatges a Orient: la descoberta del cos adolescent”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XLV, pp. 273-93.

Hauf, A. (1989), “Introducció” a Aitó de Gorigós, *La flor de les històries d'Orient*, Barcelona, Centre d'Estudis medievals de Catalunya, pp. 5-72.

Hunger, H. (1987), *GRECULUS PERFIDUS. ITALOS ITAMOS. Il senso dell'alterità nei rapporti greco-romani ed italo-bizantini*, Roma.

Llompart, G., Palou, J.M. (1995), “Apunts iconogràfics des del port de Mallorca”, en VV.AA., *Cartografia mallorquina*, Barcelona, Diputació, pp. 76-88.

Madrenas Tinoco, M.D., Orts Molines, J.Ll., Ribera Llopis, J.M. (1997), “Pelegrinatge i literatura: interrelació entre la realitat històrica i la ficció. Cap a una tipologia del pelegrí a la literatura catalana medieval”, en J.M. Lucía Megías (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad, pp. 937-46.

Montliu, M. de (1959), *Les quatre grans cròniques*, Barcelona, Alpha.

Muñoz Jiménez, M.I. (1999), “Actividad literaria de Juan Fernández de Heredia”, en E. Sarasa Sánchez, M.I. Muñoz Jiménez, A. Sanmiguel Mateo (eds.), *Juan Fernández de Heredia. Jornada conmemorativa del VI centenario* (Munébrega 1996), Zaragoza, Centro de Estudios Bilbilitanos-Institución “Fernando el Católico”-Diputación de Zaragoza, pp. 27-42.

Nitti, J.J. (1980), *Aragonese Version of the Libro de Marco Polo*, Madison, The Hispanic Seminary of Medieval Studies.

Pacheco, A. (1964), “Introducción” a *História de Jacob Xalabin*, Barcelona, Barcino, (Els Nostres Clàssics), 1964, pp. 5-48.

Pacheco, A. (1980), “Introducció” a *Testament de Bernat Serradell, de Vic*, Barcelona, Barcino, pp. 7-66.

Pérez Priego, M.A., (1984), “Estudio literario de los libros de viajes medievales”, *Epos. Revista de filología de la UNED*, I, pp. 217-39.

Pjoan, J. (1907), “Un nou viatge a Terra Santa català”, *Institut d’Estudis Catalans. Anuari*, pp. 370-84.

Popeanga, E. (1991), “El discurso medieval en los libros de viajes”, *Revista de Filología románica*, 8, pp. 149-62.

Ribera Llopis, J.M. (1990), “Configuración del concepto de ‘viaje’ (Documentos y diplomas catalanes. Siglo XIV)”, *Revista de Filología románica*, 7, pp. 301-8.

Ribera Llopis, J.M. (1991), “Hacia una escritura del ‘viaje’: en torno a documentos catalanes de los siglos XIII-XV”, *Revista de Filología Románica*, Anejo 1: *Los libros de viajes en el mundo románico*, pp. 73-100 (bibliografía pp. 183-96).

Ribera Llopis, J.M., (1991), “Viajeros catalanes a ultratumba”, *Revista de Filología románica*, 8, pp. 121-31.

Ribera Llopis, J.M. (1994), “Gerba, Atenes, Constantinoble: tres viajes por los diplomas, las crónicas y narrativa catalana (ss. XIV-XIV)”, en M.I. Toro Pascua (ed.), *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989), Salamanca, Biblioteca Española del Siglo XV, II, pp. 859-67.

Riquer, M. de (1970), *Cavalleria fra realtà e letteratura*, Bari, Laterza.

Riquer, M. de (1988), El “Voyage de sir John de Mandeville en català”, en A. Manent-J.-Veny (eds.), *Miscel·lània d’homenatge a Enric Moreu-Rey*, III, Barcelona, Publicacions de l’Abadía de Montserrat, pp. 151-62.

Rosselló i Verger, V.M. (2000), “Les cartes potolanes mallorquines”, en V.M. Rosselló i Verger, M. Galera i Monegal, M.C. Montaner i Garcia, *La cartografia catalana*. 10è curs (22-26 de febrer de 1999), Barcelona, Institut Cartogràfic de Catalunya, pp. 19-114.

Rubió i Lluch, A., ed. (1908-21), *Documents per la Història de la Cultura Catalana Mig-èval*, 2 vols., Barcelona, L'Avenç-Institut d'Estudis Catalans.

Rubió i Lluch, A. (1937), *Els catalans a Grècia*, a cura de M. de Riquer, Barcelona, La rosa dels vents.

Rubió i Lluch, A., ed. (1947), *Diplomatari de l'Orient català (1301-1419)*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans.

Taylor, B. (1993), "Los Libros de Viajes de la Edad Media Hispánica: Bibliografía y Recepción", en A.A. Nascimento, C. Almeida Ribeiro, *Literatura Medieval. Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval*, Lisboa, Cosmos, I, pp. 57-70.

Zimmermann, M. (1988), "Orient et Occident dans la chronique de Ramon Muntaner. A propos de l'expédition de Romanie", *Le Moyen Age. Revue d'histoire et de filologie*, XCIV:2, pp. 203-35.